



Domingo IV de Adviento –ciclo C-



La Palabra de Dios nos va acercando a la Presencia del Enviado, y lo hace de manera tan sencilla que apenas percibimos el

movimiento, si no es estando muy atentos/as al significado de cada gesto, de cada palabra y de cada acontecimiento, que bien podrían pasar desapercibidos, como pasan desapercibidos los hechos sencillos y gozosos del hoy histórico, sumergidos en la vorágine y el estruendo de las tragedias que se suceden cada día, ahogados por la ambición, la corrupción y el ambiente de enfrentamiento generado por los poderosos de la economía y de la política. La noticia no es



noticia si no anuncia violencia y muerte. Y la Navidad es todo menos eso. Pero, ¿cómo cambiar esta realidad...? Tal vez atreviéndonos a creer y anunciar lo que anuncia el profeta **Miqueas**, y a proclamar lo que proclama la Carta a los **Hebreos**, o simplemente señalando, como señala el evangelista **Lucas**, que Dios viene a nosotros y entra en nuestra casa sin hacer ruido, trayendo la alegría y la bendición a todos y gratuitamente.

Textos: Miqueas 5, 1-4a; Salmo 79;

Hebreos 10, 5-10; Lucas 1, 39-45

La manera de mirar de Dios no se corresponde con nuestra manera de mirar ni de actuar. Dios mira la realidad y habla de ella de una manera que nos asombra. Claro que, para eso, hemos de tener todavía la capacidad de dejarnos asombrar por algo... Dios se fija y valora las cosas grandes, las personas grandes que pueden surgir en lugares y medios sencillos, pequeños, sin poder alguno y sin importancia. Estamos hartos/as de vernos vejados por los poderosos, pero seguimos dejándonos atolondrar por ellos/as. Sentimos las heridas causadas por la injusticia, pero no somos capaces de optar por la justicia y dar nuestra vida por ella. Dios sí, Dios se entrega, él mismo, a cuidar de lo pequeño desde la ternura; *en pie, con firmeza, como un pastor atento...*, porque así es él. Y nos invita, por medio de la palabra profética, la palabra que ve el valor de lo sencillo y a descubrir la grandeza que cada realidad o criatura encierra, por oculta que esté o insignificante que parezca.

- Si miramos como Dios mira y actuamos como Dios actúa, pronto veremos la paz extendiéndose hasta los confines del mundo; le veremos a él, porque él es *“nuestra paz”*.

El salmo 79 nos sirve para reconocer que vivimos en una realidad desestructurada, rota. Una realidad que nos desestructura y nos rompe por dentro. Por eso el grito del orante es nuestro grito y nuestra oración constante: *“Oh, Dios restáuranos, que brille tu rostro y nos salve”*.

El apóstol nos invita a mirar el cuerpo, la humanidad de Cristo, y descubrir que a través de esa corporeidad, Dios nos implica en su proyecto de salvación. Nuestro cuerpo, y no un altar cualquiera, es lo que Dios espera encontrar al acercarse a nuestro mundo. Cada ser humano es el *lugar* perfecto, elegido por Dios, para realizar la verdadera ofrenda y el verdadero



sacrificio. También a nosotros/as se nos ha proporcionado un cuerpo material con el que poder hacer la verdadera entrega, sin necesidad de mediaciones materiales. También nosotros/as podemos decir con Cristo: *“Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad”*. Podemos decir con Jesús: *“Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo...”*. Y ese será el verdadero sacrificio que Dios espera de cada uno/a. ¿De qué le sirven a Dios, que es Amor, que es Espíritu, los *holocaustos* (matanza masiva de animales e incluso de seres humanos...) o *víctimas expiatorias* para salvar al mundo? De nada. Lo que Dios necesita (porque quiere necesitarnos) es nuestro ser completo: cuerpo, alma y corazón, entregado a Dios para realizar el proyecto de santidad que Dios nos reveló en el Hijo, *“... por la oblación del cuerpo de Jesucristo de una vez para siempre”*.

La narración de Lucas, por más que sea uno de los textos más leídos y proclamados dentro de la comunidad cristiana, no deja de sorprender a quienes están dispuestos/as a dejarse sorprender por el misterio del actuar divino. Hoy, a las puertas ya del Gran día de la Navidad, se nos invita a ser personas abiertas y sencillas como Isabel. Como ella, estamos llamadas a reconocer desde las entrañas que la Salvación está entrando por nuestra puerta y nos saluda.

En la aldea de Ain Karim se vive una escena preciosa en la que dos mujeres se abrazan y comparten su alegría, una alegría que tiene su origen en la fuerza del Espíritu Santo y en el actuar gratuito de Dios en sus vidas. Ambas son portadoras de una vida que las supera y que las introduce de lleno en el misterio del Proyecto salvador de Dios. Isabel, madre del Precursor, se deja llevar por la fuerza y de la alegría que siente golpear en su vientre: el profeta salta de alegría al escuchar la voz de la joven nazarena, María, y no puede hacer otra cosa que proclamar a voz en grito: *“Bendita tú entre las mujeres...”*. Ensimisma y asombrada por su propio misterio de pequeñez, Isabel grita su desconcierto ante el don del que Dios la está haciendo partícipe: *“¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?”*.

- Y aquí tenemos uno de los meollos del mensaje de este texto lucano: no estamos acostumbrados/as a ver personas enriquecidas por los dones divinos, que sean también personas abiertas y humildes, capaces de reconocer que hay otras criaturas aún más engrandecidas por los dones divinos, y, sobre todo, a alegrarse de ello proclamándolo con toda claridad... O quizás es que no acostumbramos a vivir en esa dinámica de los dones divinos, abiertamente reconocidos y abiertamente compartidos. Pues bien, hoy Isabel es el modelo a seguir, porque ella es la mujer enriquecida por el don de Dios y dispuesta a proclamar la inmensa grandeza con que él enriquece a los que la rodean. Isabel reconoce en María la mujer portadora del *Dios Visitador y Salvador*.
- ¿Qué vemos nosotros/as en las personas que tenemos a nuestro lado, las personas



Mercedarias
de la Caridad



que, de un modo u otro, llegan a nuestra vida...? ¿Nos abrimos al don divino que cada una de ellas nos aportan...; lo reconocemos y los hacemos ver a cuantos nos rodean? Pues, ¡que se haga NAVIDAD en nuestras vidas...! Que nos dejemos visitar y convertir por Dios, y que sea María, la Madre misericordiosa, la mujer que nos abra a ese don.

Trinidad León, mc